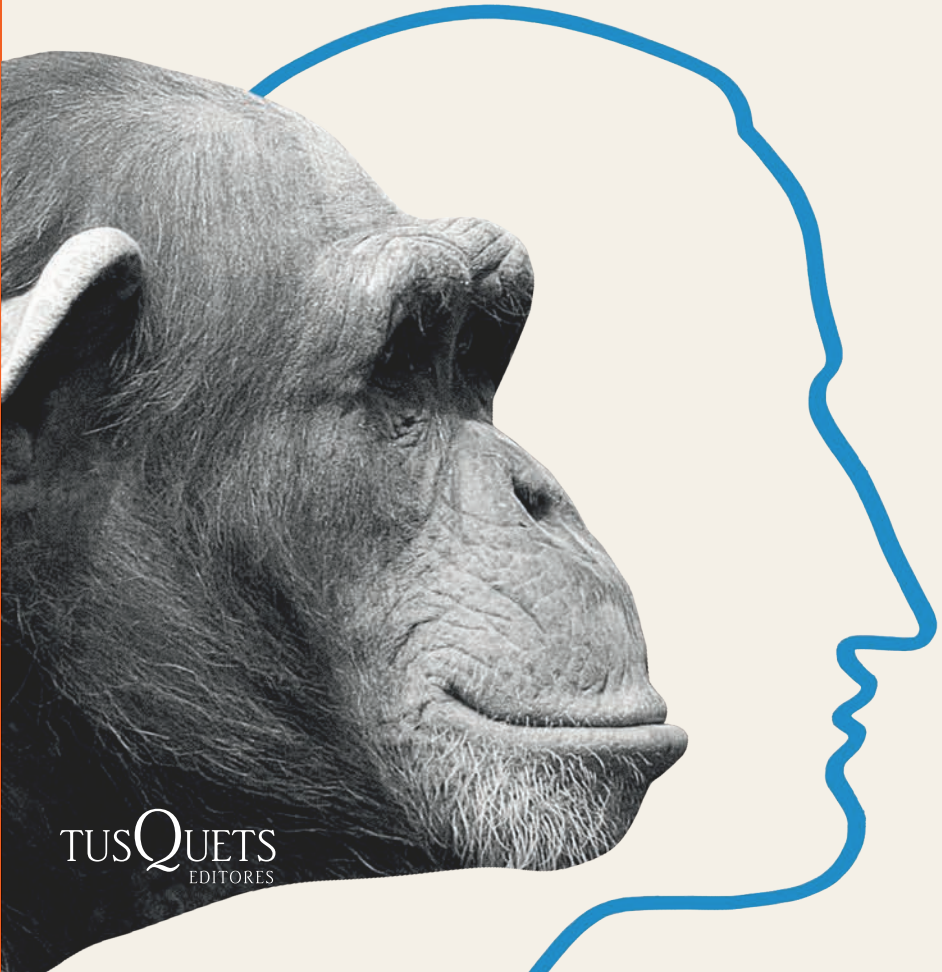


Frans de Waal

El mono que llevamos dentro



TUSQUETS
EDITORES

Frans de Waal

EL MONO
QUE LLEVAMOS DENTRO

Traducción de Ambrosio García Leal

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Our Inner Ape*

1.^a edición: marzo de 2007

1.^a edición en esta presentación: febrero de 2024

© Frans de Waal, 2005

Fotografías: cortesía de Frans de Waal

© de la traducción: Ambrosio García Leal, 2007, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-402-5

Depósito legal: B. 370-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

1. Nuestra familia antropoide	9
2. Poder	55
3. Sexo	107
4. Violencia	159
5. Benevolencia	209
6. El mono bipolar	273

Apéndice

Bibliografía	303
--------------------	-----

Agradecimientos	331
-----------------------	-----

<i>[Fotografías]</i>	<i>[262-269]</i>
----------------------------	------------------

1

Nuestra familia antroipoide

Se puede sacar al mono de la jungla, pero no a la jungla del mono.

Esto también se aplica a nosotros, grandes monos bípedos. Desde que nuestros ancestros se columpiaban de árbol en árbol, la vida en grupo ha sido una obsesión de nuestro linaje. La televisión nos muestra hasta la saciedad a políticos que se golpean el pecho, estrellas de segunda que van de cita en cita, y programas de testimonios reales sobre quién triunfa y quién no. Sería fácil mofarse de todo este comportamiento primate si no fuera porque nuestros colegas simios se toman las luchas por el poder y el sexo tan en serio como nosotros.

Pero, aparte del poder y el sexo, compartimos más cosas con ellos. El compañerismo y la empatía son igualmente importantes, pero rara vez se los considera parte de nuestro legado biológico. Tendemos mucho más a maldecir a la naturaleza por lo que nos disgusta de nosotros mismos que a ensalzarla por lo que nos gusta. Como dijo Katharine Hepburn en *La reina de África*, «La naturaleza, señor Allnut, es lo que hemos venido a este mundo a vencer».

Esta opinión todavía persiste en gran medida. De los millones de páginas escritas a lo largo de los siglos sobre la naturaleza humana, nada es tan desolador —ni tan erróneo— como lo publicado en las últimas tres décadas. Se nos dice que nuestros ge-

nes son egoístas, que la bondad humana es una impostura, y que hacemos gala de moralidad solo para impresionar a los demás. Pero si todo lo que le importa a la gente es su propio interés, ¿por qué un bebé de tan solo un día llora cuando oye llorar a otro bebé? Así nace la empatía. Quizá no sea un comportamiento muy sofisticado, pero podemos estar seguros de que un recién nacido no pretende impresionar. Venimos a este mundo con impulsos hacia los otros que, más tarde en la vida, nos mueven a preocuparnos por los demás.

La antigüedad de estos impulsos se evidencia en el comportamiento de nuestros parientes primates. Realmente notable es el bonobo, un antropoide poco conocido, pero tan cercano genéticamente a nosotros como el chimpancé. En una ocasión, una hembra llamada *Kuni* vio cómo un estornino chocaba contra el vidrio de su recinto en el zoo británico de Twycross. *Kuni* tomó al aturdido pájaro y lo colocó con cuidado sobre sus pies. Al comprobar que no se movía, lo sacudió un poco, a lo que el ave respondió con un aleteo espasmódico. Con el estornino en la mano, *Kuni* se encaramó al árbol más alto, abrazando el tronco con las piernas y sosteniendo al pájaro con ambas manos. Desplegó sus alas con cuidado, manteniendo una punta entre los dedos de cada mano, antes de lanzar al pájaro al aire como un pequeño avión de juguete. Pero, tras un aleteo descoordinado, el estornino aterrizó en la orilla del foso. *Kuni* descendió del árbol y se quedó un buen rato montando guardia junto al pájaro para protegerlo de la curiosidad infantil. Hacia el final de la jornada, el pájaro, ya recuperado, había emprendido de nuevo el vuelo.

El trato dispensado por *Kuni* a este pájaro fue diferente del que habría utilizado para auxiliar a un congénere. En vez de seguir una pauta de conducta prefijada, ajustó su auxilio a la situación específica de un animal por completo diferente a ella misma. Los pájaros que sobrevolaban su recinto seguramente le habían proporcionado una idea de la ayuda requerida. Esta clase

de empatía es inusitada en el mundo animal, porque se basa en la capacidad de imaginar las circunstancias de otro. Adam Smith, pionero de la teoría económica, debía de tener en mente acciones como la de *Kuni* (aunque no ejecutadas por un mono) cuando, hace más de dos siglos, nos ofreció la definición más imperecedera que se conoce de la empatía: la capacidad de «ponerse en el lugar del que sufre».

La posibilidad de que la empatía forme parte de nuestro legado primate debería congratularnos, pero no tenemos por costumbre celebrar nuestra naturaleza. A quienes cometen un genocidio, los llamamos «animales». Pero cuando donan algo a los pobres, los aplaudimos por su «humanidad». Nos gusta reclamar este último comportamiento para nosotros. La posibilidad de una humanidad no humana solo fue advertida por el público cuando un antropoide salvó a un miembro de nuestra propia especie. Esto ocurrió el 16 de agosto de 1996, cuando una gorila de ocho años llamada *Binti Jua* socorrió a un niño de tres años que había caído desde una altura de más de cinco metros al interior del recinto de primates del zoo Brookfield de Chicago. La gorila reaccionó de inmediato y tomó al niño en brazos. Luego se sentó en un tronco sobre una corriente de agua, acunó al niño en su regazo y le dio unos golpecitos suaves para ver si reaccionaba antes de entregarlo al personal del zoo. Este simple acto de compasión, captado en vídeo y difundido por todo el mundo, conmovió a muchos, y *Binti* fue aclamada como una heroína. Fue la primera vez en la historia norteamericana que un antropoide figuró en los discursos de algunos líderes políticos, que la ponían como modelo de piedad.

La cabeza de Jano

Que el comportamiento de *Binti* causara tal sorpresa entre el público dice mucho sobre la manera en que los medios de comuni-

cación retratan a los animales. En realidad, no hizo nada inusual, o al menos nada que una hembra de gorila no hiciera por cualquier individuo joven de su misma especie. Por mucho que los documentales de naturaleza se centren en bestias feroces —o en hombres viriles capaces de tumbarlas y reducirlas—, pienso que es vital comunicar la verdadera amplitud y profundidad de nuestra conexión con la naturaleza. Este libro explora los fascinantes e inquietantes paralelismos entre el comportamiento primate y el nuestro, con igual consideración para lo bueno, lo malo y lo desagradable.

Tenemos la gran suerte de disponer de dos parientes primates cercanos para estudiarlos, y son tan diferentes como la noche y el día. Uno tiene modales bruscos y un carácter ambicioso y manipulador; el otro propone un modo de vida igualitario y libre. Todo el mundo ha oído hablar del chimpancé, conocido por la ciencia desde el siglo xvii. Su comportamiento jerárquico y violento ha inspirado la visión corriente de los seres humanos como «monos asesinos». Nuestro sino biológico, dicen algunos científicos, es ganar poder a base de sojuzgar a otros y librar una contienda perpetua. He sido testigo de suficiente derramamiento de sangre entre los chimpancés como para convenir en que tienen una vena violenta. Pero no deberíamos dejar de lado a nuestro otro pariente cercano, el bonobo, no descubierto hasta el siglo xx. Los bonobos son unos animales tranquilos con buen apetito sexual. Pacíficos por naturaleza, contradicen la idea de que el nuestro es un linaje sanguinario.

Lo que permite a los bonobos hacerse una idea de las ansias y necesidades de los otros y ayudarles a satisfacerlas es la empatía. Cuando la hija de dos años de una hembra llamada *Linda* se puso de morros, esto significaba que quería mamar; pero esta cría había permanecido en la guardería del zoo de San Diego y había sido devuelta al grupo bastante después de que *Linda* hubiera dejado de producir leche. Aun así, la madre entendió el

mensaje y acudió a una fuente para llenarse la boca de agua. Luego se sentó frente a su cría y frunció los labios para que pudiera beber de ellos. *Linda* hizo tres viajes más a la fuente hasta que su hija quedó satisfecha.

Nos encantan estos comportamientos (lo que en sí mismo es un caso de empatía). Pero la misma capacidad de entender al prójimo también permite herirlo de manera deliberada. Tanto la compasión como la crueldad dependen de la capacidad de imaginar cómo afecta el propio comportamiento a los otros. Los animales de cerebro pequeño, como los tiburones, ciertamente pueden herir, pero no tienen la menor idea del daño que causan. El volumen cerebral de los antropoides es un tercio del nuestro, lo cual los faculta para la crueldad. Como los niños que arrojan piedras a los patos de un estanque, los antropoides a veces infligen dolor por pura diversión. En un juego, para atraer a unos pollos separados por una valla, unos chimpancés juveniles de laboratorio les echaban migas de pan. Cada vez que los inocentes pollos se aproximaban, los chimpancés los golpeaban con un palo o los pinchaban con un alambre. Este juego de Tántalo, en que los pollos eran lo bastante estúpidos como para colaborar (aunque podemos estar seguros de que para ellos no era en absoluto un juego), fue inventado por los chimpancés con la única finalidad de combatir su propio aburrimiento, y lo refinaron hasta el punto de que un individuo se encargaba de lanzar el cebo y otro el golpe.

Los grandes monos se parecen tanto a nosotros que se los conoce como «antropomorfos» (palabra de raíz griega que significa «con forma humana»). Tener afinidades cercanas con dos sociedades tan distintas como la del chimpancé y la del bonobo resulta extraordinariamente instructivo. La brutalidad y el afán de poder del chimpancé contrastan con la amabilidad y el erotismo del bonobo (una suerte de doctor Jekyll y mister Hyde). Nuestra propia naturaleza es un tenso matrimonio entre ambos. Nuestro lado oscuro es tristemente obvio: se estima que solo en

el siglo xx, 160 millones de personas perdieron la vida por causa de la guerra, el genocidio o la opresión política. Aún más escalofriantes que estas cifras son las expresiones más personales de la crueldad humana, como el horrendo incidente que acaeció en 1998 en un pueblo de Texas. Tres varones blancos invitaron a un negro de cuarenta y nueve años a subir a su camión, pero, en vez de llevarlo a casa, lo transportaron a un descampado y, después de darle una paliza, lo ataron al vehículo y lo arrastraron durante varios kilómetros por una carretera, hasta arrancarle la cabeza y el brazo derecho.

Somos capaces de tales atrocidades a pesar, o precisamente *a causa*, de nuestra capacidad de imaginar qué sienten los demás. Por otro lado, cuando esa misma capacidad se combina con una actitud positiva, nos mueve a enviar alimento a los que pasan hambre, a jugarnos el tipo por rescatar a extraños —como sucede en los incendios o terremotos—, a llorar cuando alguien nos cuenta una historia triste, o a sumarnos a una partida de búsqueda cuando desaparece el hijo del vecino. Somos como una cabeza de Jano, con una cara cruel y otra compasiva mirando en sentidos opuestos. Esto puede confundirnos hasta el punto de simplificar en exceso nuestra imagen de nosotros mismos: o nos proclamamos «la culminación de la creación» o nos retratamos como los villanos por excelencia.

¿Por qué no aceptar que somos las dos cosas? Ambos aspectos de nuestra naturaleza se corresponden con los de nuestros parientes primates más cercanos. El chimpancé expresa tan bien la cara violenta de la naturaleza humana que pocos científicos escriben sobre alguna otra faceta suya. Pero también somos criaturas intensamente sociables que dependen unas de otras y necesitan la interacción con sus semejantes para llevar vidas sanas y felices. Próximos a la muerte, la incomunicación es nuestro castigo más extremo. Nuestros cuerpos y mentes no están hechos para la vida en solitario. Nos deprimimos de manera irremedia-

ble en ausencia de compañía humana, y nuestra salud se deteriora. En un estudio médico reciente, voluntarios sanos expuestos a virus del resfriado y la gripe eran más proclives a enfermar cuantos menos amigos y familiares tenían a su alrededor.

Las mujeres aprecian de manera natural esta necesidad de conexión. En los mamíferos, el cuidado parental es inseparable de la lactancia. A lo largo de los 180 millones de años de evolución de los mamíferos, las hembras que respondían a las necesidades de sus retoños se reproducían más que las madres frías y distantes. Dado que las mujeres descenden de una larga línea de madres que cuidaban, alimentaban, limpiaban, transportaban, confortaban y defendían a sus hijos, no debería sorprendernos encontrar diferencias de género en la empatía humana. Estas aparecen bastante antes de la socialización: el primer signo de empatía —llorar en respuesta al llanto de otro bebé— es, de hecho, más típico de las niñas que de los niños, y más adelante la empatía sigue estando más desarrollada en el sexo femenino que en el masculino. Esto no quiere decir que los varones carezcan de empatía o no necesiten el contacto humano, pero lo buscan más en las mujeres que en otros varones. Una relación a largo plazo con una mujer, como el matrimonio, es la manera más efectiva de alargar la vida para un varón. La otra cara de esta moneda es el autismo, un desorden de la empatía que dificulta la conexión con los otros, y que es cuatro veces más frecuente en los varones que en las mujeres.

Los empáticos bonobos se ponen una y otra vez en el lugar del otro. En el Georgia State University Language Research Center de Atlanta, un bonobo llamado *Kanzi* ha aprendido a comunicarse con la gente. Su fabulosa comprensión del inglés hablado lo ha convertido en una celebridad. Advirtiéndolo que algunos de sus iguales no tienen su mismo adiestramiento, a veces *Kanzi* ejerce de maestro. Una vez se sentó al lado de *Tamuli*, una hermana menor suya apenas expuesta al habla humana, mientras

un investigador intentaba sin éxito hacerla responder a peticiones verbales simples. Cada vez que el investigador se dirigía a *Tamuli*, *Kanzi* representaba lo que se esperaba de ella. Cuando se le pidió que acicalara a *Kanzi*, este tomó su mano y la colocó bajo su barbilla, apretándola contra el pecho. En esta posición, *Kanzi* fijó la mirada en los ojos de *Tamuli* con lo que se interpretaba como un gesto de interrogación. Cuando *Kanzi* repitió la acción, la joven hembra dejó los dedos apoyados en su pecho como si se preguntara qué le correspondía hacer.

Kanzi entiende perfectamente bien si las órdenes se dirigen a él o a otros. No estaba ejecutando una orden destinada a *Tamuli*, sino que estaba intentando hacerla comprender. La sensibilidad de *Kanzi* al desconocimiento de su hermana y su interés en enseñarla sugiere un nivel de empatía que, hasta donde sabemos, solo se encuentra en antropoides y seres humanos.

Lo que dicen los nombres

En 1978 vi bonobos de cerca por primera vez, en un zoo holandés. La etiqueta de la jaula los identificaba como «chimpancés pigmeos», lo que implicaba que no eran más que una versión reducida de sus primos más conocidos. Pero nada podía estar más lejos de la realidad.

Un bonobo es físicamente tan distinto de un chimpancé como un Concorde de un Boeing 747. Hasta los chimpancés habrían de admitir que los bonobos tienen más estilo. El cuerpo de un bonobo es grácil y elegante, con manos de pianista y una cabeza relativamente pequeña. El bonobo tiene una cara más plana y abierta que el chimpancé, y una frente más amplia. La faz es negra, los labios rosados, las orejas pequeñas y los orificios nasales amplios. Las hembras tienen pechos; no tan prominentes como en nuestra especie, pero ciertamente más que el busto pla-

no de las otras hembras antropoides. Coronándolo todo está el peinado característico del bonobo: una larga cabellera negra con una raya bien marcada en medio.

La mayor diferencia entre los chimpancés y los bonobos es la proporción corporal. Los primeros tienen cabezas grandes, cuellos gruesos y hombros anchos; se diría que van al gimnasio cada día. Los bonobos tienen un aspecto más intelectual, con torsos esbeltos, hombros estrechos y cuellos delgados. Buena parte de su peso corresponde a las piernas, más largas que en los chimpancés. El resultado es que, cuando caminan a cuatro patas sobre los nudillos, la espalda de los chimpancés se inclina hacia abajo, mientras que la de los bonobos queda casi horizontal por la elevación de las caderas. Cuando se ponen de pie o caminan erguidos, parecen enderezar la espalda mejor que los chimpancés, lo que les permite adoptar una postura sobrecogedoramente humana. Por esa razón se los ha comparado con nuestros ancestros australopitecos.

El bonobo es uno de los últimos grandes mamíferos descubiertos por la ciencia. El hallazgo tuvo lugar en 1929, no en un exuberante hábitat africano, sino en un museo de la Bélgica colonial, tras la inspección de un pequeño cráneo inicialmente atribuido a un chimpancé juvenil: en un animal inmaduro las suturas craneales deberían haber estado separadas, mientras que en este espécimen estaban fusionadas. En vista de ello, Ernst Schwarz, un anatomista alemán, concluyó que el cráneo pertenecía a un chimpancé adulto con una cabeza inusualmente pequeña, y declaró que había tropezado con una nueva subespecie. Pronto las diferencias anatómicas se consideraron lo bastante relevantes como para elevar al bonobo a la categoría de especie aparte del chimpancé común, con el nombre científico de *Pan paniscus*.

Un biólogo, antiguo discípulo de Schwarz en Berlín, me contó que sus colegas solían burlarse de este porque no solo pretendía que había dos especies de chimpancés, sino que había tres

especies de elefantes. Todo el mundo sabía que no había más que una especie de chimpancés y dos de elefantes. El comentario estándar sobre *der Schwarz* era que lo sabía «todo y más». Al final resultó que Schwarz tenía razón. No hace mucho se confirmó al elefante de selva como especie, y a Schwarz se lo conoce como el descubridor oficial del bonobo: la clase de honor por el que un científico estaría dispuesto a dar la vida.

Pan, el más que apropiado nombre genérico del bonobo, deriva del dios griego con torso humano y piernas, orejas y cuernos de cabra. Festivamente lujurioso, al dios Pan le encantaba retozar con las ninfas mientras tocaba la flauta (de pan). El chimpancé común pertenece al mismo género. El nombre específico del bonobo, *paniscus*, significa «diminuto», mientras que el del chimpancé común, *troglodytes*, significa «cavernícola». Así pues, el bonobo es una deidad cabría diminuta, y el chimpancé común una deidad cabría cavernícola; unos apelativos ciertamente curiosos.

La denominación «bonobo» probablemente deriva de una mala transcripción de «Bolobo», una ciudad junto al río Congo, cuyo nombre figuraba en la etiqueta de una jaula de embarque (aunque también he oído que «bonobo» significa «ancestro» en una lengua bantú extinta). En cualquier caso, el nombre tiene un sonsonete festivo que se aviene con la naturaleza del animal. Los primatólogos lo verbalizan de modo jocoso, como en «esta noche vamos a bonobear», una frase cuyo significado se aclarará pronto. Los franceses se refieren a los bonobos como «chimpancés de la orilla izquierda» (una denominación que evoca imágenes de un modo de vida alternativo) porque viven en la orilla suroccidental del río Congo. Este enorme río, que en algunos lugares supera los quince kilómetros de anchura, separa de manera permanente las poblaciones de bonobos de las de chimpancés y gorilas del norte. A pesar de que se los llamó «chimpancés pigmeos», los bonobos no son mucho menores que los chimpancés

comunes. El macho adulto medio pesa unos 43 kilos y la hembra unos 36 kilos.

Lo que más me llamó la atención al observar a mis primeros bonobos fue lo sensibles que parecían. También descubrí algunos hábitos que me chocaron. Contemplé una riña menor por una caja de cartón, en la que un macho y una hembra se perseguían y pegaban hasta que, de improviso, la pelea había dado paso a ¡un acto sexual! Yo había estudiado la conducta de los chimpancés, que nunca pasan tan fácilmente de la agresión al sexo, así que pensé que aquel comportamiento era anómalo, o que se me había escapado algún detalle capaz de explicar el súbito cambio de actitud. Pero lo que había visto era perfectamente normal en estos primates tan sexuales.

Esto lo supe mucho después, cuando comencé a trabajar con bonobos en el zoo de San Diego. El conocimiento sobre este misterioso primo nuestro se complementó con la información sobre los bonobos salvajes que llegaba con cuentagotas desde África. Estos animales son nativos de una región relativamente pequeña, de la extensión de Inglaterra, en la República Democrática del Congo (antiguo Zaire), donde viven en selvas densas y pantanosas. Cuando localizan un claro en el que los científicos de campo han dejado caña de azúcar, los machos lo inspeccionan primero y se apresuran a recoger todo el alimento que pueden antes de que las hembras hagan acto de presencia. Cuando estas llegan, su entrada se acompaña de una orgía sexual y la inevitable apropiación de las mejores cañas por las matriarcas. Lo mismo vale para las colonias en cautividad que he estudiado, invariablemente dominadas por una hembra veterana. Esto es sorprendente, ya que ambos sexos difieren en tamaño tanto como en el caso humano, y la hembra media pesa un 15 por ciento menos que el macho medio. Además, los machos tienen unos caninos largos y puntiagudos de los que carecen las hembras.

¿Cómo mantienen el control las hembras, entonces? La res-

puesta está en la solidaridad. Consideremos el caso de *Vernon*, un bonobo del zoo de San Diego que era el macho alfa de un pequeño grupo con una única hembra, *Loretta*, su amiga y pareja sexual. Es la única vez que he visto un grupo de bonobos dominado por un macho. En su momento pensé que esto era lo normal; después de todo, la dominancia masculina es lo típico en la mayoría de los mamíferos. Pero *Loretta* era relativamente joven y también la única hembra. En cuanto se incorporó una segunda hembra al grupo, el equilibrio de poder cambió.

Lo primero que hicieron *Loretta* y la recién llegada tras su encuentro fue practicar el sexo. Esta pauta de conducta se conoce como frotamiento genitogenital, o GG, aunque también ha llegado a mis oídos la denominación más colorista de «hoka-hoka». Una hembra se abrazaba a la otra con brazos y piernas y colgaba de ella igual que una cría de bonobo cuelga de su madre. A continuación, cara a cara, se frotaban mutuamente sus vulvas y clítoris con un movimiento de vaivén lateral rápido. Exhibían amplias sonrisas y chillaban ruidosamente, lo que dejaba pocas dudas sobre si los antropoides conocen el placer sexual.

El sexo entre *Loretta* y su nueva amiga se hizo cada vez más frecuente, lo que significó el fin del dominio de *Vernon*. Al cabo de unos meses, la escena típica a la hora de comer era que, después de un acto homosexual, las hembras reclamaban toda la comida. Si quería obtener algo de comida, *Vernon* tenía que pedirla con la mano extendida. Esto también vale para las comunidades de bonobos salvajes, donde las hembras controlan el suministro de alimentos.

En comparación con el androcéntrico chimpancé, el gino-céntrico, sensual y apacible bonobo ofrece una nueva manera de pensar en la ascendencia humana. Su comportamiento es difícil de conciliar con la imagen popular de nuestros ancestros como cavernícolas barbudos arrastrando a sus mujeres por los pelos. No es que las cosas fueran necesariamente al revés, pero es bue-

no tener claro qué sabemos y qué desconocemos. El comportamiento no se fosiliza. Por eso las especulaciones sobre la prehistoria humana se basan a menudo en lo que sabemos de otros primates. Su comportamiento da idea de la enorme variedad conductual que podrían haber exhibido nuestros ancestros lejanos. Y cuanto más sabemos de los bonobos, más se amplía esta variedad.

Hijos de mamá

Vuelvo por un día al zoo de San Diego para reencontrarme con dos viejos amigos, Gale Foland y Mike Hammond, ambos veteranos cuidadores de grandes monos. Este no es un trabajo para cualquiera. Es imposible tratar con las necesidades y reacciones de los antropoides sin acceder al mismo reservorio emocional que nos sirve para tratar con nuestros semejantes. Los cuidadores incapaces de tomarse a sus animales en serio nunca congeniarán con ellos, y quienes se los tomen demasiado en serio sucumbirán a la red de intrigas, provocaciones y chantaje emocional que satura cualquier comunidad de antropoides.

En un área cerrada al público, nos inclinamos sobre una balaustrada para contemplar desde arriba un recinto espacioso y tapizado de hierba. El aire transporta el olor acre distintivo de los gorilas. Esa misma mañana, Gale ha introducido en el recinto una hembra de cinco años llamada *Azizi*, que él mismo había criado. *Azizi* se ha encontrado dentro de un grupo con un macho recientemente introducido, *Paul Donn*, una figura inmensa recostada contra el muro. De vez en cuando, carga dando la vuelta al recinto mientras se golpea el pecho para impresionar al colectivo de hembras que controla, o al menos querría controlar. Las hembras, especialmente las más veteranas, tienden a mostrarse díscolas; a veces se juntan para ahuyentarlo y «mantenerlo a

raya», como dice Gale. Pero por ahora *Paul Donn* está calmado, y vemos que *Azizi* se le acerca cautelosamente. El macho actúa como si no lo advirtiera, se inspecciona los dedos de los pies diplomáticamente y evita mirar directamente a los ojos de la nerviosa gorila. Cada vez que *Azizi* se acerca un poco más, busca la mirada de Gale, su padre adoptivo. Gale asiente con la cabeza y dice cosas como «sigue, no tengas miedo». Para él, esto es fácil de decir, aunque *Paul Donn*, todo músculo, debe pesar cinco veces más que *Azizi*. Pero ella se siente irresistiblemente atraída por el imponente macho.

Estos gorilas son conocidos por su inteligencia, aunque se supone que no usan herramientas (nunca lo hacen en libertad). Pero tres gorilas de este zoo han encontrado una nueva manera de alcanzar las sabrosas hojas de las higueras. Los troncos están rodeados de alambre electrificado para evitar que trepen, pero han aprendido a sortear este obstáculo lanzando alguna de las muchas ramas caídas contra un árbol. Cuando la rama vuelve a caer, suele arrastrar parte del follaje. Se ha visto a una hembra partir en dos una rama larga y quedarse con la pieza más adecuada; un paso importante, porque muestra que los gorilas son capaces de modificar sus herramientas.

Hoy tiene lugar un incidente con el mismo alambre electrificado. Es la clase de escena que me llama la atención. Una veterana hembra residente ha aprendido a meter la mano por debajo de la alambrada sin tocarla para alcanzar las hierbas que crecen al otro lado. Junto a ella está sentada una hembra nueva que, según me cuenta Gale, acaba de recibir su primera descarga. La experiencia fue tan desagradable que gritaba y sacudía frenéticamente la mano. La recién llegada ha hecho amistad con la otra, y ahora la ve hacer justo lo que a ella le ha causado tanto dolor. En cuanto ve a su amiga deslizar el brazo por debajo de la alambrada, salta y comienza a tirar de ella, la agarra con un brazo por la cintura e intenta apartarla del peligro. Pero su veterana amiga

continúa impertérrita. Al final la hembra joven vuelve a sentarse, con la mirada fija y abrazándose a sí misma. Parece estar anticipando que su amiga va a recibir una descarga. Desde luego, «se pone en el lugar del otro».

Como los chimpancés y los bonobos, los gorilas se incluyen en el grupo de los grandes monos, o antropoides. Solo hay cuatro especies de grandes monos (la cuarta es el orangután). Son primates grandes y sin cola. Ambos rasgos separan la familia de los antropoides y los seres humanos (los hominoideos) del resto de los monos. Así pues, los antropoides no deberían confundirse con los micos —no hay mayor insulto para un experto en antropoides que decirle que nos encantan sus micos—, aunque todos son «primates», nosotros incluidos. Entre los antropoides, nuestros parientes más cercanos son los chimpancés y los bonobos. Ambos son igualmente próximos a nosotros, lo que no impide a los primatólogos discutir acaloradamente sobre cuál de ellos es el mejor modelo de la humanidad ancestral. Todos derivamos de un ancestro común, y una especie puede haber retenido más rasgos ancestrales que la otra, lo que incrementaría su relevancia para la evolución humana. Pero ahora mismo es imposible decirse por una u otra especie. No sorprende que los expertos en chimpancés suelen votar por su objeto de estudio, y los expertos en bonobos por el suyo.

Puesto que los gorilas se separaron de nuestra rama evolutiva un poco antes que los chimpancés y los bonobos, se ha aducido que el tipo que se parezca más al gorila debería considerarse el original. Ahora bien, ¿quién dice que los gorilas se parecen a nuestro último ancestro común? Ellos también han tenido mucho tiempo para cambiar; de hecho, más de siete millones de años. Lo que estamos buscando es el antropoide que menos ha cambiado. Según Takayoshi Kano, la máxima autoridad en bonobos salvajes, puesto que los bonobos nunca abandonaron la selva húmeda —cosa que sí hicieron en parte los chimpancés y del todo

los ancestros del género humano—, seguramente han tenido menos presiones selectivas para cambiar y, por ende, podrían parecerse más al antropoide selvático del que todos descendemos. El anatomista norteamericano Harold Coolidge ha especulado que el bonobo «quizá se aproxime más al ancestro común del chimpancé y el hombre que ningún chimpancé vivo».

La adaptación a la vida en los árboles se evidencia en el uso que hacen los bonobos de sus cuerpos, bastante inusual para los estándares humanos. Sus pies les sirven de manos. Con ellos agarran cosas, gesticulan y palmotean para atraer la atención. A los antropoides se los cataloga a veces como «cuadrúpedos», pero los bonobos podrían describirse mejor como «cuadrumanos». Son más acróbatas que ningún otro gran mono y saltan de rama en rama con increíble agilidad. Pueden caminar erguidos sobre una cuerda suspendida como si estuvieran en el suelo. Estas aptitudes acrobáticas tienen una utilidad práctica para unos monos que nunca se han visto impelidos a salir de la selva y cambiar su modo de vida arborícola, ni siquiera de manera parcial. Que los bonobos son más arborícolas que los chimpancés resulta obvio cuando se comparan las reacciones de unos y otros al encontrarse por primera vez con científicos en el bosque: los chimpancés bajan de los árboles y huyen corriendo por el suelo, mientras que los bonobos huyen a través del ramaje y solo descienden al suelo del bosque cuando ya están bien lejos.

Auguro que el debate sobre qué antropoide se parece más a nuestro último ancestro común continuará por algún tiempo, pero, por el momento, convengamos en que chimpancés y bonobos son igualmente relevantes para la evolución humana. El gorila se aparta tanto de chimpancés y bonobos como de nosotros por su gran dimorfismo sexual (la diferencia de tamaño entre machos y hembras) y el sistema social asociado, pues un único macho monopoliza un harén de hembras. En aras de la simplicidad, solo hablaré de los gorilas de manera ocasional mientras ex-

ploramos las similitudes y diferencias entre bonobos, chimpancés y nosotros mismos.

No nos quedamos para ver qué ocurre entre *Azizi* y *Paul Donn*. Sin duda trabarán contacto, pero esto puede llevar horas, incluso días. Los cuidadores saben que luego cambiará la actitud de *Azizi* para siempre; nunca volverá a ser la pequeña gorila dependiente a la que Gale daba el biberón y cargaba a la espalda hasta que se hizo demasiado pesada. Su nuevo destino será vivir en este grupo, arrimarse a un gran macho de su misma especie y, quizá, criar a sus propios vástagos.

Nos dirigimos al recinto de los bonobos, donde *Loretta* me saluda con aullidos estridentes. Aunque mi etapa investigadora en este zoo fue hace casi veinte años, todavía me conoce, pues el reconocimiento es permanente. No puedo imaginar el olvido de una cara que he visto a diario durante un tiempo, así que ¿por qué habría de ser diferente para *Loretta*? Y sus gritos son distintivos. Las llamadas de los bonobos son inconfundibles: la manera más fácil de distinguir a los chimpancés de los bonobos es escuchar sus voces. El «huu-huu» bajo del chimpancé está ausente en el bonobo. El timbre de voz de este último es tan agudo (más parecido a «hii-hii») que cuando el zoo de Hellabrunn en Múnich recibió sus primeros bonobos, el director estuvo a punto de retornarlos. Aún no había mirado bajo la tela que cubría las jaulas procedentes de Bolobo y no podía creer que los sonidos provinieran de antropoides.

Loretta me presenta sus genitales globosos, mirándome cabeza abajo a través de sus piernas y haciéndome un gesto de invitación con el brazo. Le devuelvo el gesto mientras pregunto a Mike por uno de los machos no presentes. Mike me lleva a las jaulas de noche. El macho está sentado dentro, acompañado de una hembra joven. La hembra se muestra visiblemente molesta cada vez que Mike habla conmigo. ¿Qué está haciendo aquí este extraño, y por qué Mike no le dedica toda su atención a ella? In-

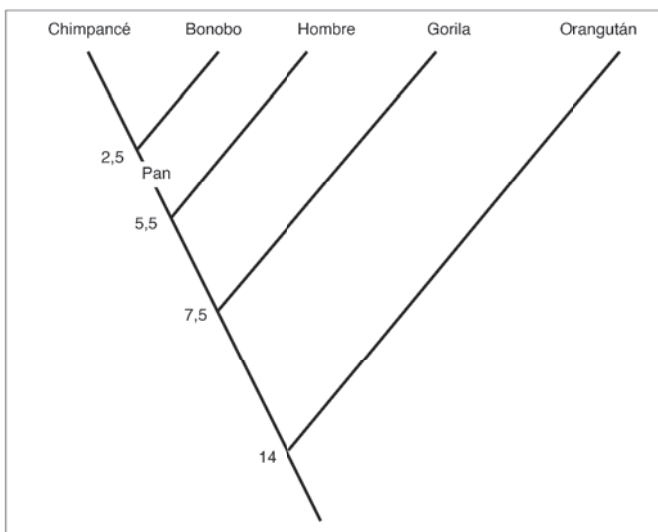


Figura 1. Árbol evolutivo del género humano y los cuatro grandes monos, basado en comparaciones de ADN. Las cifras en los puntos de bifurcación indican la antigüedad (en millones de años) de la divergencia. Chimpancés y bonobos constituyen un único género: *Pan*. El linaje humano se separó del ancestro de *Pan* hace unos 5,5 millones de años. Algunos científicos piensan que chimpancés, bonobos y seres humanos son lo bastante próximos como para formar un único género: *Homo*. Puesto que bonobos y chimpancés se separaron hace unos 2,5 millones de años, después de que su ancestro común se separara de nuestro linaje, ambos están igualmente cerca de nosotros. Los gorilas se separaron antes, y más aún el único gran mono asiático, el orangután.

tenta agarrarme a través de los barrotes. El macho mantiene las distancias, pero presenta su trasero a Mike y luego su barriga para que la acaricie, al tiempo que muestra una impresionante erección, como haría cualquier bonobo macho en circunstancias semejantes. Para los bonobos, machos o hembras, no hay línea divisoria entre sexualidad y afecto.

Este macho tiene que estar separado del grupo debido a su bajo rango. Aunque plenamente adulto, es incapaz de defenderse de todo un grupo de hembras. La hostilidad femenina contra los machos es un problema creciente entre los bonobos en cautividad. En el pasado, los zoológicos cometieron un error funda-

mental al trasladar bonobos machos de un lado a otro. Si tenían que enviar ejemplares a otro zoo para criar, siempre elegían machos. Esto es un acierto para la mayoría de los animales, pero representa un desastre para los bonobos machos. En la naturaleza son las hembras las que migran y dejan su grupo natal en la pubertad. Los machos se quedan y disfrutan de la compañía y protección de sus madres. Los machos con madres influyentes ascienden en la jerarquía y son tolerados a la hora de comer. Desafortunadamente, el macho en cuestión había sido traído desde fuera. Dado que son auténticos hijos de mamá, a los machos les va mejor en el grupo donde nacieron.

Así pues, la agresión no está ausente entre los bonobos, ni mucho menos. Cuando las hembras atacan, las cosas se ponen feas. Si se forma una ruidosa *melée* de brazos y piernas, es invariablemente el macho quien sale herido. Aunque los bonobos son maestros de la reconciliación, tienen esta capacidad por una buena razón: no se privan de pelear. El bonobo es un ejemplo convincente de armonía social precisamente porque las tensiones subyacentes son visibles. Esta paradoja se aplica también a nosotros. Así como la prueba última de un barco es cómo se comporta en medio de una tormenta, solo confiamos plenamente en una relación si es capaz de sobrevivir al conflicto ocasional.

Tras contemplar unos cuantos encuentros sexuales más entre los bonobos, Mike no puede resistirse a mencionar la afirmación reciente de un científico local de que los bonobos recluidos en los zoológicos raramente practican el sexo, quizá solo un par de veces al año. ¿Podría ser que los bonobos no merecieran su reputación de máquinas sexuales? Ya fuera, entre el público, bromeamos que, como hemos contado seis encuentros sexuales en solo dos horas, debemos haber recopilado el equivalente a dos años de observaciones. Por un momento olvido que Mike y Gale llevan puestos sus uniformes, lo que significa que todo el mundo alrededor nuestro está prestando atención a lo que decimos. En

voz demasiado alta, presumo de mi experiencia anterior: «Cuando estuve aquí, conté setecientos encuentros sexuales en un solo invierno». Un hombre que estaba a nuestro lado toma a su hija pequeña del brazo y se aleja a toda prisa.

A veces la sexualidad de los bonobos es sutil. Una hembra joven intenta pasar por una rama donde un macho aún más joven le cierra el paso. El macho no se aparta, quizá por miedo a caer, y la hembra empeora las cosas al pellizcar con sus dientes la mano con la que él se agarra a la rama. Pero, en vez de recurrir a la fuerza, la hembra se da la vuelta y frota su clítoris contra el brazo del macho. Ambos son inmaduros, pero esta es la manera que tienen los bonobos de resolver los conflictos, una táctica que comienzan a aplicar pronto en la vida. Tras este contacto, y ya calmada, la hembra pasa por encima del macho y continúa su camino por la rama.

De vuelta en casa, me asombro del contraste con los chimpancés. Trabajo con unos cuarenta de ellos al aire libre en la estación de campo del Yerkes National Primate Research Center, cerca de Atlanta. Conozco a estos antropoides desde hace largo tiempo, y los veo como personalidades distintas. Ellos me conocen igualmente bien y me pagan con el mejor cumplido que puede anhelar un investigador: tratarme como a un mueble. Me subo a la valla para saludar a *Tara*, la hija de tres años de *Rita*, que está sentada en lo alto de una estructura para trepar. *Rita* nos mira un momento y luego continúa acicalando a su propia madre, la abuela de *Tara*. Si un extraño se hubiera limitado a pasar por allá, *Rita*, que es protectora en extremo, enseguida habría saltado al suelo para llevarse a su hija. Me siento honrado por su desinterés hacia mí.

Veo un corte profundo reciente en el labio superior de *Socko*, el segundo macho en rango. Solo otro macho puede haberle hecho eso: *Bjorn*, el macho alfa, más pequeño que *Socko*, pero muy listo, irascible y mezquino. Mantiene a raya a los otros

chimpancés mediante el juego sucio. Esta es la conclusión a la que he llegado al cabo de los años, después de ver la técnica de combate de *Bjorn* y las heridas que inflige a sus víctimas en sitios inusuales como el vientre o el escroto. *Socko*, un grandullón desmañado, no puede competir con él, así que debe someterse a ese pequeño dictador. Pero, por fortuna para *Socko*, su hermano menor, que está dando el último estirón, está ansioso por aliarse con él, lo que muy pronto va a crearle problemas a *Bjorn*.

Aquí, en el centro Yerkes, presenciemos una reñida lucha masculina por el poder político, la interminable saga de la sociedad chimpancé. En última instancia, estas luchas son por las hembras, lo que implica que la diferencia fundamental entre nuestros dos parientes primates más cercanos es que uno resuelve los asuntos sexuales mediante el poder, mientras que el otro resuelve las luchas de poder por medio del sexo.

Un barniz de civilización

Al abrir el periódico en un vuelo de Chicago a Charleston, en Carolina del Sur, lo primero que me llamó la atención fue el titular «*Lili* golpeará Charleston». *Lili* era un gran huracán, y la devastación causada el año anterior por *Hugo*, otro ciclón, aún estaba fresca en la memoria de todos. Al final, *Lili* se desvió de Charleston, y la única tormenta en la que me vi inmerso fue meramente académica.

La conferencia a la que asistí era sobre la paz mundial y las relaciones humanas pacíficas. Fui para exponer mi trabajo sobre la resolución de conflictos en los primates. Siempre es divertido especular acerca de por qué la gente propende a ciertos campos, pero los estudios sobre la paz atraen su cuota de exaltados. En la reunión, dos eminentes pacifistas se enzarzaron en una discusión a gritos, al parecer porque uno se había referido a los esquima-

les, y el otro lo había acusado de colonialista, cuando no racista, porque a ese pueblo habría que llamarlo inuit. Según el libro *Never in Anger*, los inuit se extreman en evitar relaciones que siquiera remotamente denoten hostilidad. Cualquiera que levante la voz se arriesga a caer en el ostracismo, una penalización que en su medio ambiente supone peligro de muerte.

Algunos de los asistentes a la conferencia seguramente habríamos sido abandonados en los hielos. Como occidentales que éramos, evitar la confrontación no estaba en nuestro guion. Ya veía otro titular de periódico tal como: «Conferencia de paz acaba a puñetazos». Este ha sido el único evento académico en el que he visto gente plenamente adulta abandonando la sala con un portazo, como niños pequeños. En medio de todo este jaleo, algunos todavía tenían la osadía de preguntarse, con el ceño fruncido y una expresión profundamente académica, si el comportamiento humano y el antropoide eran realmente comparables.

Por otro lado, he asistido a muchas reuniones del Club de la Agresión, formado por un grupo de académicos holandeses que siempre se mostraron civilizados y apacibles. Aunque por entonces aún no era más que un estudiante, se me permitió departir con psiquiatras, criminólogos, psicólogos y etólogos que se reunían regularmente para discutir sobre la agresión y la violencia. En aquellos días, las ideas evolucionistas giraban invariablemente en torno a la agresividad, como si nuestra especie no tuviera otra tendencia de la que hablar. Era como una discusión sobre perros pitbull en la que el tema principal fuera siempre lo peligrosos que son. Lo que nos diferencia de los pitbull, sin embargo, es que nosotros no hemos sido criados selectivamente para pelear. Nuestra presión mandibular es miserable y, desde luego, nuestros cerebros no necesitarían ser tan grandes si lo único importante fuera matar a otros. Pero, en la posguerra, la agresividad humana era una cuestión central en cualquier debate.